

LA MÚSICA PERDIDA

Marcelo Leites

I

Algo resuena en tu cabeza ahora, cuando ya la noche
ha dejado atrás las estrellas y los paraísos sombrillas
se cubren de una fina pátina blanca.
Algo resonaría sin duda, desde el fondo de un naufragio.
Viene en oleadas un fox-trot envolvente desde un salón
iluminado por arañas fantásticas
y se deslizan como seda los pies de los bailarines
en cerámicas con dibujos orientales.
No se trata del vuelo que engendra la danza
o el cuerpo a cuerpo de una pareja abrazada
que inventa otro idioma en voz baja.
Ni exactamente de la música ni del olor
de perfumes franceses sabiamente combinados con la alta
cocina que impregna el ambiente. Ni de suntuosidad
a la manera de una Serenata a la luz de la luna.
Más bien es la resonancia de todos esos elementos
que ahora se mezclan en tu cabeza.
El recuerdo de algo ocurrido en otro espacio
y en otro tiempo y la certeza
de que en realidad nunca estuviste ahí.
Mientras tanto, el fox-trot continúa
habría continuado dejando escuchar el glamour
de vasos de champagne entrechocándose
y un poco más apagados las risas
y rumores de conversaciones intrascendentes.
Tampoco se trata del deseo de pertenecer
a una clase de gente que siempre te ha dejado afuera.

Se trataría de un lugar de la memoria
en el que alguna vez estuvieras, al sesgo, como los chicos
detrás de la puerta de un mundo que no los contiene
o como una vez escucharas el blues por la ventanita
del sótano de un pub donde un negro tocaba el saxo
cerca de la medianoche y el sonido se llenó de un humo
que no pudiste respirar.
Sí... entonces mirabas la escena, y la fiesta
habría comenzado para vos cuando todos se hubieran ido.
Entonces ciertas mujeres se convertirían
en Afroditas que te incitaban a una gesta alucinógena.
Pero nadie te invitó nunca a ninguna fiesta
Aunque esa música todavía resuena
como la letanía de un canto gregoriano
Aunque el olor del coriandro y el sabor de la uvas
y una negra al son de La Vie a Rose,
te digan que todavía estás ahí.

IV

a Miguel Chiovetta y a Carlos Arigós

Nunca vas a terminar de decir lo que decís
sobre todo porque una música atraviesa
el paso de los años y suena desde el fondo.
Haber sido capaz de seguir ese íntimo sonido
acaso te justifique más allá de las palabras.
Como esas voces que descubrieran el mundo entre cipreses
mientras caminábamos y las tumbas se volverían testigos
de diálogos que alternaban al unísono
el latido de cada nuevo amanecer.
Entonces, las palabras eran el exacto contrapunto
del canto de los pájaros que nos seguían maravillados
hasta el final del camino.
Muchos años después recordaría esas voces casi inaudibles

en ecos lejanos movidos por el viento
que resonaban en las espesas ramas del bosque de pinos,
cuando los teros dejaban el agua y saltando
de rama en rama, llegaban a «la Cueva»...y allí
pero, dónde? ¿Qué vórtice del viento la trajo hasta su pluma?,
sí, allí «estaba la morera, estaba el granado,
estaba la pitanga, el níspero y estaba la palmera de buitá
que el bisabuelo había traído de la isla de Madeira».
Allí estuvo también el amigo y el tiempo detenido
en las nubes que atravesaban el cielo del eucaliptal.
¿Dónde o desde dónde se puede ver aún el río?
Y sobre todo, ¿cómo verlo ahora que las imágenes
llegan quebradas a la conciencia?
Y no hablo sólo del Uruguay sino de sus afluentes,
esos arroyos cristalinos y fríos que se adhieren a la piel
como un bajo continuo.
Oh, Bach, también mi cuerpo ha sido traspasado por la plenitud
herida de la continuidad de las cosas.
¿Cuáles son los límites de mi lenguaje y cuáles
los límites de mi mundo
ahora que sólo perdura la memoria?
Con la pupila resquebrajada vas recorriendo el paisaje rústico,
en un año que muestra sus nervaduras y repliegues
y el higo sigue siendo uno de los pocos frutos de estación
que ofrece el gusto exacto de lo efímero.
El río trasvasa sus límites naturales
y deja de ser una postal en un poema
para convertirse en un montón de boyas oxidadas
que se hunden y flotan, flotan y se hunden
según la corriente y las cadenas.
Con la pupila resquebrajada te vas yendo de a poco,
como si te fueras extinguiendo.
Lentamente deseaste alejarte del inventario de vos mismo,
quisiste ir más allá del tren detenido interminablemente
en una estación desierta. Simplemente soñaste

que estaba en movimiento.
El viento ya no mueve los pinos. Ha cesado,
pero los capullos de magnolia todavía
caen carnosos sobre la seca y esponjosa tierra.

VI

Las huellas del Renault en la arena continúan su trayecto hasta la orilla del arroyo donde hay un toallón naranja y una bikini a merced del oleaje, se continúan en las huellas de unos pies y ya en el agua se pierden en las piernas que aparecen y desaparecen de la superficie, en su cuerpo que nada mariposa y exhibe su destreza desnuda. Cuando vuelve a la costa deja ver su rostro maravillosamente joven sin saber que alguien la observa detrás de una roca. En la trama posible hay diversas huellas para seguir, huellas demasiado transitadas por los automovilistas que casi siempre siguen los mismos caminos, pero la escena en sí es lo que vale ahora que su novedad e importancia disminuyeron. De todos modos ella presiente algo y camina ondulante hasta la orilla. Las líneas de su cuerpo son una ofrenda al sol poniente que compete con sus pezones turgentes y relumbra en vano, oro bruñido, en otros ojos alucinados ahora por esas manos deslizándose sobre sus hombros, sobre sus turbulentos pechos, sobre sus caderas, sobre su piel bronceada; alucinado, sí, por esas manos que siguen el juego de las gotas de agua que tocan su pubis, mojada ahora, sí mojada y absolutamente conciente. Cuando te das cuenta hacia dónde va, tenés que seguirla aunque a una velocidad muy inferior, sobre todo porque las huellas que dejás en la arena no coinciden con las de ella y si intentarás luego de considerar qué maravillas prometen su desnudez cómplice, el agua como un fluido atravesando su sexo y la visión del mundo satisfecha, si lo intentarás, decía, si quisieras trasponer sus huellas y hacerlas coincidir con las tuyas luego de un esfuerzo desmesurado y justo cuando ella empezara a suspirar apenada y satisfecha a la vez luego de volver

sobre sus huellas, si de verdad lo lograras... entonces las huellas de la historia dejarían de tener sentido. Las cosas se pierden de vista y lo mejor es ser olvidados pronto.

Una mujer desnuda
con el pelo mojado
y un toallón naranja
yéndose en su Renault
mientras la luz
declina.

